

de Dios para que le podamos conocer, y unidos tan estrechamente à él, que podamos sufrir en su persona, que sintamos sus dolores, que su suplicio sea el nuestro, y que asi como vos, hallemos nuestro martyrio en el suyo. Pero sobre todo, inspiradnos la pureza; para que nos podamos acercar à Maria, para que nos haga hijos suyos, y à ella Madre nuestra. No pretendemos usurparos vuestro privilegio; pues asi como vuestro Divino Maestro no ha perdido la qualidad de Hijo de Dios, por havernosla comunicado, asi tampoco vos perdereis la de hijo de Maria, por dividirla con nosotros. Vos la poseereis siempre por un titulo particular. Siempre os miraremos como à nuestro hermano mayor; y para conservaros los honores que haveis recibido sobre el Calvario, declararemos altamente, que entre los hermanos de Jesu-Christo, è hijos adoptivos de Maria, vos sois el primero, y el mas illustre; y que por vuestro favor esperamos ser admitidos en el Cielo, despues de haver sido recibidos por familiares suyos en la tierra. Asi sea,

SER-

SERMON

DE LOS SANTOS INOCENTES.

*Tunc Herodes iratus est valde, & mit-
tens occidit omnes pueros. Matth. 2. v. 16.*

EL Paganismo nos quiso persuadir que su Hercules deshizo unos monstruos que le acometieron; y que anticipandose su valor à su conocimiento, ahogó las serpientes antes de conocerlas: *Monstrua superavit antequam nosse posset.* (a) Pero en verdad, Señores, nosotros podemos decir, que esta fabula se muda hoy dia en una historia, y que nuestros inocentes niños, asistidos del Cielo, vencen à los verdugos, y triunfan de los tyranos antes de conocerlos; porque aun no pueden hablar, y ya saben combatir. Todavía son infantes, y ya son martyres. Apenas acaban de nacer, y ya están resueltos à morir; y supliendo la gracia el defecto de la razon, defienden à Jesu-Christo, y vencen à Herodes, sin conocer à uno ni à otro. Mas pues deben su victoria à quien deben su inocencia, no hablemos de sus combates ni de sus triunfos, sin saludar al inocente Jesus en su pesebre. Y para obligar à su

(a) Seneca in Herc. faren. ob angula noicibaco 3 sio

Madre à que nos introduzca allá, digamosla con el Angel:

AVE MARIA.

Como la mayor gloria de un Cristiano es padecer por Jesu-Christo, y la qualidad de Martyr la mas noble que hay en la Iglesia, no es extraño tengan dificultad los Predicadores en conservarsela à los niños inocentes, y que empleen por consiguiente toda su eloquencia para persuadir al auditorio, no poderse negar un titulo tan glorioso à los infantes que derramaron su sangre, y perdieron su vida por la defensa del Hijo de Dios. Pero de qualquiera artificio que se valgan los Predicadores para conservar en nuestros inocentes este honor, son muy poderosas las razones que à esto se oponen; y por consiguiente, que concluyen, que aunque éstos bienaventurados niños hayan muerto por la causa del Verbo encarnado, no pueden pretender la qualidad de Martyres; porque no habiendo tenido ni uso de razon, ni de palabras, no pudieron aceptar la muerte, ni confesar la verdad. Bien sé, que puede decirse con alguna razon, que ellos merecen sin querer, confiesan sin hablar, aman sin conocer, y triunfan sin combatir. Mas como todas estas razones son mas sutiles, que sólidas, y demuestran mas el entendimiento del Orador, que el martyrio de los inocentes, yo veré en este discurso, si puedo conservarles una qualidad, que la Iglesia desde su nacimiento les ha atribuido. Y procuraré probar, que à los niños inocentes no les falta circunstancia ò condicion alguna de quantas constituyen à los

los verdaderos Martyres. Dadme atencion:

PUNTO PRIMERO.

La primera condicion del verdadero martyrio, y la que contribuye mas à formar los Martyres, no es la pena, sino la causa ò el motivo de ella: *Martyres veros*, dice San Agustin, *non facit pœna, sed causa.* (a) En efecto, si solamente para este fin se considerasen los tormentos, seria necesario canonizar à todos los delinquentes que padecen justamente por sus delitos; y dar la enalzada qualidad de Martyres à todos los que han manifestado un poco valor en sus suplicios. Hasta los demonios han hallado hombres, que han defendido sus intereses ò sus idolatrias, y que han muerto por mantener la mentira que havian abrazado y publicado toda su vida. La ambicion tiene tambien sus esclavos, que por la vanidad sufren tanto como los Martyres han padecido por la verdad. Y finalmente, la avaricia, aunque tan infeliz y vergonzosa, no dexa de tener víctimas, que se sacrifican por sus intereses, exponiendo muchas veces sus vidas por conservar sus riquezas. Es necesario, pues, para adquirir la qualidad de Martyr, sufrir por la gloria de Dios, verter la sangre, y perder la vida por defender à su Iglesia. Y por este capitulo, no se les puede negar el titulo de Martyres à los Santos Inocentes; pues como dice San Cipriano, la justicia de la causa, sin el so-

(a) Aug. Ep. 167. ad Textum.

corro de la palabra, basta para adquirirles la calidad de testimonios: *Sufficit causa testimonio, licet nondum eloquio distinguatur.* (a) Porque ellos mueren por Jesu-Christo; tienen el honor de ser sus primeras víctimas, de regar la cuna con su sangre, de publicar su divinidad con su voz moribunda, y de enseñar à todo el mundo, que el que nació en un pesebre, es Hijo de Dios, pues tiene Martyres como su Padre: *Deus est qui natus est, innocentes debentur illi víctima; Agni debent immolari; quia Agnus futurus est crucifigi.* (b)

Haveis oido, pues, lo que nuestros Inocentes tienen de común con todos los demás Martyres, oíd ahora lo que tienen de particular, y que constituye su diferencia y su gloria. Ellos mueren por la persona de Jesu-Christo, y con su sufrimiento le libertan de la muerte. Ellos conservan la vida de aquel por quien pierden la suya, y tienen la gloria de que la causa de su martyrio, no solamente es honrosa, sino útil al Hijo de Dios. Y esta es gloria peculiarísima de los Santos Inocentes, sin que pueda atribuirsele à otro alguno. Los Martyres de la Ley Antigua empeñaban à Jesu-Christo en la muerte; porque como tienen el honor de ser sus figuras, le obligaban à cumplir lo que habían prometido en nombre suyo. Y así, la muerte de aquellos era funesta à Jesu-Christo; porque no solamente era sombra, sino promesa de la suya. Considerando Tertuliano aquel barro de que Dios formó el cuerpo del primer hombre, dice que era una figura, y una prenda ò empeño del misterio de

(a) Cypr. de Magis & Innocent. (b) Aug. Sermon. 1. de Innocent.

de la Encarnación; y que el Verbo decretaba ya desde entonces vestirse de nuestra carne, para libranos de nuestros pecados: *Limus ille jam tum imaginem induens Christi futuri in carne, non tantum Dei erat opus, sed pignus.* (a) Así tambien la muerte de los Martyres era un empeño para Jesu-Christo; pues como este Señor era la verdad de todas las figuras de la Ley, era necesario que las cumpliese con su muerte, y que pagase las deudas, de que se habia constituido caucion antes de su nacimiento. Los Martyres del nuevo Testamento, no han obligado verdaderamente al Hijo de Dios à morir, pero tampoco le han libertado de la muerte, porque ya no está su Magestad en estado de poder sufrir. La gloria de que goza le ha hecho inmortal; y así, despues de su resurreccion, ni teme el poder de sus contrarios, ni el furor de los verdugos: *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur.* Pero los Santos Inocentes, mas dichosos que todos los demás Martyres, murieron por el Verbo encarnado; recibieron los golpes con que Herodes amenazaba à su cabeza; se opusieron à la violencia de este Príncipe, para defender à Jesus, y encubriendo su cuerpo, salvaron al que venia à salvar todos los hombres. Esto es lo que quiso decir San Agustin por estas palabras, que bien entendidas, dan à conocer la ventaja de los Inocentes sobre los otros Martyres: *Occiduntur pro Christo parvuli, pro justitia moritur innocentia.* (b) Los niños son ase-

(a) Tertul. de Resurr. carnis. (b) Aug. Sermon. 2. de Innocent.

sinados en lugar de Jesu-Christo, y la inocencia tiene la dicha de morir por la justicia. O como dice San Cipriano, los Inocentes ocupan el lugar de Jesu-Christo; y siendo arrancados de los pechos de sus madres, son degollados en lugar de su Magestad: *Vice-Christi, & pro Christo avulsi à matrum uberibus detruncantur.* (a) Son, pues, los Inocentes mas verdaderamente Martyres que los demás; pues su muerte conserva la vida à su Soberrano; y la persecucion que experimentan favorece y facilita su huida à Egypto.

PUNTO SEGUNDO.

Però si la primera condicion del martyrio se halla en su muerte con tanta ventaja, tampoco les falta la segunda, ni se les pudiera negar que han sido Martyres, respecto que han sido Confesores. Y asi mirad la confesion es una de las circunstancias esenciales del martyrio, y no basta para este fin, amar à Dios con el corazon, si no se confiesa con la boca: *Corde enim creditur ad justitiam; ore autem confessio fit ad salutem;* (b) dice el Apostol. La confesion, dice San Cipriano, es el principio del martyrio, asi como la muerte es su conclusion: *Confessio exordium martyrii.* (c) Y parece que este Santo prefiere la gloria de un Confesor, que sufre largo tiempo la prision, à la de un Martyr, que muere al punto en el tormento: *Semel vincit qui statim patitur: atqui manens*

sem-

(a) Cypr. Sermon. de Magis & Innocent. (b) Rom. 10.

(c) Cypr. de simpl. Prælat.

semper in pœnis, congregitur cum dolore, nec vincitur, quotidie coronatur. (a) El Martyr que muere prontamente, dice, no triunfa mas que una vez; pero el que permaneciendo por largo tiempo en las penas, combate con el dolor, sin ser vencido, todos los dias adquiere nuevas coronas; y quanto mas dilatado es su martyrio, tanto es mas santo y glorioso. Como la confesion, pues, es el alma del martyrio, no pueden los Inocentes pretender la qualidad de Martyres, si no gozan de la de Confesores. Y como para confesar es necesario hablar, parece que la naturaleza que les ha negado el habla, los ha privado de la gloria del martyrio.

Los Padres de la Iglesia, que conocian muy bien que la confesion no podia verificarse sin palabras, se han valido de razonamientos ingeniosos, y de inocentes artificios para persuadirnos, que estos bienaventurados infantes habian usado de un idioma bien entendido por Jesu-Christo; y por consiguiente, que no se podia negar hubiesen hablado; pues su Magestad los havia coronado como à los otros Martyres. Algunos, fundados sobre las palabras de San Cipriano, creyeron que los Inocentes havian poseido el uso de la razon en el momento mismo de su martyrio; y que su alma, desprendiendose del cuerpo, havia conocido y confesado à aquel por quien padecian el martyrio: *Adepti rationis & intellectus plenitudinem, in occursum Christi festinant.* Pero estas

Tom. I.

Cc

pa-

(a) Idem lib. 2. Epist. 4.

palabras, à la verdad, deben ser entendidas de los Inocentes, despues de su muerte. Y San Cipriano no intenta decir otra cosa, sino que tuvieron uso de razon, quando su alma fue separada de su cuerpo por la violencia de los tormentos; y que gozaron ò fueron à gozar de la dichosa presencia de aquel, à quien no conocian, y por quien havian padecido.

Algunos otros han asegurado, que los Inocentes niños hablaron en su martyrio; que reprehendieron à los verdugos, condenando el furor de Herodes, y confesando la divinidad de Jesu-Christo. Para dar algun color à una opinion tan atrevida, se procuran escudar con las palabras del Salmista: y atribuyen à los Inocentes martyres lo que David entendió y dixo de aquellos niños, que publicaron las alabanzas del Hijo de Dios, quando entró triunfante en Jerusalem entre aclamaciones y palmas: *Ex ore infantium & lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos, ut destruas inimicum & ultorem.* (a) Porque à juicio de la mayor parte de los Padres, en el referido triunfo se vió una maravilla jamás vista en la de alguno de todos los conquistadores. La naturaleza, que no acaba de perfeccionar sus obras sino con mucho trabajo y lentitud, desató la lengua de los infantes que pendian del pecho de sus madres ò nutrices; y les hizo formar palabras, para componer el elogio de Jesu-Christo, y cargar de confusion à sus enemigos. Verdad es, que este milagro pudo tambien ha-

(a) Cypr. Sermon. de Magis & Innocent. c. viii. m. l. (c)

haber sucedido en el nacimiento del Verbo encarnado. Pero como la Escritura Sagrada y la Tradicion no nos lo han dicho ni enseñado, es especie de temeridad el asegurarlo. Añadese à esto, que siendo infante el Verbo encarnado, pedia el bien parecer que sus testigos ò testimonios fuesen mudos, y que honrasen con su silencio al que todavía no podía hablar. Y si San Gregorio el grande creyó que Jesu-Christo debió ser declarado à los Magos por medio de una estrella, à fin de que un Dios sin palabras, fuese anunciado por una criatura muda: *Ut nondum loquentem elementa muta predicarent;* (a) parece pedia la justicia, que sus Martyres le fuesen semejantes; y que no pudiesen confesarle, sino con la efusion de su sangre y de sus lagrimas.

Pero, si bien se mira, esta especie de confesion no es enteramente muda; porque segun la expresion de la Escritura, la sangre y las lagrimas tambien hablan; pues aunque estas corran sin ruido por las mexillas que riegan, llaman ò golpean en los oídos, asi como en los ojos. Y David no solamente pedia à Dios que le mirase, sino que escuchase sus lagrimas: *Auribus percipe lacrymas meas.* (b) El Poeta ingenioso confiesa que las lagrimas son mas eloquentes que las palabras, y que las de las mugeres persuaden mas que las razones de los Oradores: *Interdum lacrymae pondera vocis habent.* (c) La penitencia las emplea en las ocasiones importantes; y quando no puede

(a) Greg. homil. 10. in Evang. (b) Psalm. 38. v. 17. (c) Ovid.

expiar los pecados por las buenas obras, procura borrarlos con las lagrimas. Y así, San Ambrosio reparó, que quando el Principe de los Apostoles nego à su Maestro, mas quiso llorar su pecado, que escusarle ò defenderle: *Maluit causam flere quam dicere, & quod voce negaverat lacrymis confiteri.* (a) Y aun le hicieron en esta ocasion mas bien oído sus lagrimas, que le huvieran hecho sus palabras. Pero como la sangre es mas considerable que las lagrimas, habla con mas vehemencia que ellas, y la voz que forma, produce efectos mas extraños. Ella sube hasta el trono de Dios, pide justicia contra el agresor que la ha derramado; y no cesa de clamar hasta que el delincente sea castigado, y vengado el inocente. La sangre de Abel obligó à Dios à descender de su trono: y este mudo Abogado peroró en la causa del muerto con tanta eloquencia, que consiguió de su Juez la condenacion del fratricida Caín: *Vox sanguinis fratris tui Abel clamat ad me de terra.* (b) David confiesa como penitente, que nada havia agitado tanto su corazon y su conciencia, como la voz de la sangre de Urías; que tan injustamente havia él hecho verter. Ella despertaba à este Principe todas las noches; le reprehendia su delito en su cama y en su trono; y no hallando en su estado asilo donde pudiese estar seguro, se veía precisado à recurrir à Dios, para librarse de un enemigo importuno, à quien no podia hacer callar: *Libera me de sanguinibus Deus Deus salu-*

(a) Ambros. Serm. 46. (b) Gen. c. 4. v. limo. 30. 31.

lutis meæ. (a) Si es cierto, pues, que la sangre y las lagrimas hablan tan alto; si es verdad que Dios las escucha con alguna especie de respeto; ¿por qué no creeremos que los Inocentes hayan confesado à Jesu-Christo, respecto de haver en su martyrio vertido tantas lagrimas, y derramado tanta sangre? ¿No hablaron bastante por sus ojos? no se explicaron bien por sus heridas? ¿y sus bocas ensangrentadas no dieron mejor à entender sus intenciones, que si huvieran usado de palabras?

Añadamos con la Iglesia, que la misma muerte habla tan bien como la sangre; y que aquella que nos quita la vida, nos presta una voz que hiere las orejas de todo el mundo. Ella es mas eloquente que todos los Predicadores. Y S. Juan Chrysostomo reparó, que quando S. Pablo se vió precisado à suspender su discurso, para resucitar à un Joven, à quien el sueño y la muerte acometieron casi à un mismo tiempo; sustituyó, dice, el muerto en su lugar, y quiso que éste acabase el Sermon que él havia interrumpido: *Substituit mortuum ut concionem absolueret.* Y otro Padre observó juiciosamente, que quando el Hijo de Dios daba salud à los enfermos, siempre les daba tambien saludables advertencias; y les descubria la causa de su miseria ò de su desgracia, para que aprendiesen à evitarla. Pero que quando resucitaba los muertos, no les daba instruccion alguna; porque siendo la muerte la mas eloquente maestra del mundo, los que llegan à escucharla, no

(a) Psalm. 50. v. 16.

tienen necesidad de las advertencias de los vivos. Y respecto de que tambien la muerte habla, nada les falta ya à los Inocentes, para ser asi Martyres como Confesores; sin que se les pueda disputar esta ultima condicion ò qualidad; porque si no han confesado à Jesu-Christo hablando, le han confesado muriendo: *Qui non loquendo, sed moriendo confessi sunt.* O digamos, que le han confesado hablando, porque le han confesado muriendo; pues segun el parecer de los Padres, morir por Jesu-Christo, es confesar à Jesu-Christo. No les rehusemos, pues, la qualidad de Martyres, respecto de que han hablado por sus lagrimas, explicadose por su sangre, y dadose à entender por su muerte.

Mas quando despues de tantas razones se les quisiera disputar la qualidad de Confesores, porque su inocente boca no podia formar palabras, no iriamos bien fundados en decir, que este defecto les impediria ser Martyres; porque basta hablar con el corazon, para que Dios nos entienda, y están por demás las palabras, quando se pueden manifestar los pensamientos. Bien sé que los mudos no pueden deponer en justicia, y que no se recibe su deposicion, porque no sabrian declararla con sus discursos, ni confirmarla con su juramento. Pero pueden, sin duda, ser testigos en la presencia de aquel Juez, que lee los corazones, y vé las intenciones y fondos de la voluntad. Y asi, aunque nuestros Inocentes fuesen mudos, aunque no huviesen dado à entender sus pensamientos con palabras, ni los verdugos que los degollaron entendido la voz de sus lagrimas y de su san-

gre,

gre, bastaria para coronarlos, que Jesu-Christo huviese penetrado sus pensamientos, y visto en su corazon lo que no podian explicar con la boca. Pero caemos en un segundo laberinto, queriendo salir del primero; y nos empeñamos en una nueva dificultad: porque no es menos difcil probar, que nuestros Martyres hayan hecho uso de su voluntad y de su razon, que de las palabras; siendo cierto por otra parte, que la voluntad es mas necesaria para constituir un verdadero martyrio. A la verdad, la naturaleza, que es sábia, y que nada hace en vano, no dió palabras à los infantes, porque serian inutiles, no habiendoles dado pensamientos. Y asi, ella vá desatando su lengua à medida que vá formando su espiritu, y no les permite hablar, hasta que han comenzado à razonar. El tartamudéo de su lengua es señal de la debilidad de su conocimiento; y como aquella es la interprete de éste, no debe ser mas sábia, ni mas perfecta que él. Tratemos, pues, de responder à esta objecion; y hagamos vér, que la gracia sabe dar el uso de la razon à sus infantes, quando la naturaleza niega à los suyos el uso de las palabras; y que les hace querer en Jesu-Christo, lo que aun no pueden querer por sí-mismos. Mirad:

PUNTO TERCERO.

La Religion christiana encerró, al parecer, todo el exercicio de la virtud en la voluntad: porque quando ésta es animada por la gracia, cumple sus designios por sus deseos; y aunque se ha-

lle

lle destituida de un todo, nada le parece imposible. Ella enseña sin palabras, dá sin tener riquezas, padece sin tormentos, y hace martyres sin efusion de sangre. Por eso San Cipriano dixo con mucha razon, que Dios no apreciaba tanto à los hombres por sus efectos, como por sus afectos; y mas consideraba sus deseos, que sus obras: *Deus enim non estimat quemquam ex eventu rerum sed ex affectu.* (a) Y ciertamente sería una injusticia, que la voluntad fuese castigada por los malos deseos, y no fuese recompensada por los buenos. Si ella comete un adulterio, sin que el cuerpo contribuya al delito; si comete un homicidio, sin empuñar la espada; si maldice en silencio ò sin palabras; si tiene, en fin, suficiente invencion y malicia para consumir por sí sola todo genero de pecados; no me admiro, que con la gracia de Jesu-Christo, pueda enseñar à los que no saben, sin hablarles; socorrer las necesidades de los proximos, sin darles cosa alguna; y aun adquirir la qualidad del martyrio, sin padecer algun dolor. En efecto, todos los Padres de la Iglesia confiesan, que la voluntad constante y resuelta de un fiel, pasa ante los ojos de Dios por verdadero martyrio. Que lo ha merecido desde que con fervor y constancia lo ha deseado; y que puede esperar la corona, aunque no haya vivido con persecucion, ni muerto entre los tormentos: *Martyrium sine sanguinis effusione voluntas prompta deputatur.* (b)

(a) Cyprian. lib. de duplici. Martyr. (b) Idem ibi.

Como el martyrio, pues, es obra de la voluntad, en vano hemos intentado probar, que los Santos Inocentes han confesado à Jesu-Christo, si no probamos que han querido padecer con él; y que explicandose por sus deseos, han hecho conocer sus designios al Eterno Padre. Bien sé que San Bernardo, para resolver esta dificultad, nos ha dicho, que en la Iglesia havia tres clases de martyres. Unos de afecto y de voluntad, como San Estevan, que aceptó el martyrio quando se le presentó; y derramó su sangre, despues de haverlo por mucho tiempo deseado. Otros de voluntad, sin efecto, como San Juan Evangelista, que deseó ser Martyr, sin poderlo conseguir; y su Maestro que leía estos deseos en su corazon, no le negó la recompensa: *Joanni defuit Martyrium, sed Joannes non defuit Martyrio: ideoque nec Joanni defuit premium Martyrii.* (a) Los terceros, en fin, son los que tienen el efecto sin la voluntad; como los Inocentes, que no teniendo uso de razon, sufrieron la muerte sin haverla aceptado, ni deseado: *Habemus in B. Stephano Martyrii simul opus & voluntatem; habemus solam voluntatem in Beato Joanne: solam in Beatis Innocentibus opus.* Y añade: que San Estevan es el Martyr de los hombres; porque estos han admirado su primacia en los tormentos. San Juan el Martyr de los Angeles; por quanto estos puros espiritus conocieron muy bien las generosas disposiciones de su alma. Y los Santos Inocentes los Martyres de

Tom. I. Dd Dios;

(a) Hieronym.

Dios; porque su Magestad suplió sus merecimientos por su gracia; y se ha pagado del efecto de su muerte, aunque no fuese acompañado de su voluntad. Confieso que esta diferencia de Martyres está bien fundada; y que hace resplandecer admirablemente la bondad de nuestro Dios, que se contenta con la voluntad en la persona de San Juan, y con el efecto en la de los Inocentes. Pero estoy precisado à confesar asimismo, que el martyrio de los Inocentes, segun esta explicacion, es muy imperfecto, por faltarle la principal condicion; pues aunque sea efectivo, no es voluntario.

Y así mejor diria yo, que fue hecha una santa comunicacion entre Jesu-Christo y los Inocentes, por medio de la qual estos le prestaron à su Magestad sus cuerpos para sufrir; y que su Magestad les prestó su voluntad para merecer. Que ellos murieron por él, y que él mereció por ellos; y que la muerte de los Inocentes unida à la voluntad de Jesus dió toda la perfeccion à su martyrio. Este pensamiento no debe parecer extraño à los fieles que saben que el pecado original es voluntario; que los hombres son culpables en Adan, y que todos los que descienden de este primer padre, vieron como él la fruta prohibida, la cogieron en sus manos, la comieron con su boca, y cometieron el pecado por su voluntad: de que se sigue que Dios, acomodando el remedio à la naturaleza del mal, quiso que los Infantes se salvaran por los merecimientos de su Hijo en el bautismo, y que hallase su salvacion en la voluntad de este Señor, así como havian encontrado su perdi-

dicion en la de Adan. La misma Iglesia, à imitacion del Eterno Padre, les presta el corazon de los fieles para creer, y su lengua para confesar la fé, para que así como se perdieron por la falta de su padre, se salven por la fé de sus hermanos: *In Ecclesia Salvatoris*, dice San Agustin, *per alios parvuli credunt, sicut ex aliis, ea que illis in Baptismo remittuntur peccata traxerunt.* ¿Por qué, pues, no creeremos que el Hijo de Dios haya concedido à los Inocentes la misma gracia que concede à todos los fieles? ¿Por qué no creeremos que la sangre ha tenido para ellos la misma virtud que el agua tiene para nosotros, y que ellos han recibido en el martyrio la misma ventaja que los christianos reciben en el bautismo? No es menos eficaz para purificar al alma, dice San Gregorio, la sangre que el agua: *Non minus est enim sanguis quam aqua ad lavacrum anime efficax.* (a)

Concluyamos, pues, que son verdaderos Martyres; porque sufriendo en su propio cuerpo, y ofreciendose por la voluntad de otro, juntan el merito con la pena, y hacen su sacrificio perfecto; haciendole voluntario. Sí, gloriosos Inocentes, nosotros os colocamos en el numero de estos generosos atletas, que han perdido la vida por defender los intereses de Jesu-Christo. Vosotros habeis peleado por su gloria como ellos; habeis padecido por su persona lo que ellos no han hecho; habeis hablado por vuestras lagrimas; habeis rubricado vuestra confesion con vuestra sangre; la

(a) Idem.

haveis sellado con vuestra muerte; y el Hijo de Dios, á quien haveis ocultado con vuestro cuerpo, os ha dado su espíritu y su voluntad, para que no se os pudiese disputar la qualidad de Martyres. Gozad de ella, pues, sobre la tierra, donde la haveis adquirido por vuestra muerte. Poseed su corona en el Cielo, donde vosotros reynais con aquel por quien haveis peleado; y finalmente reconoced que debeis la gloria à la gracia que os animaba mientras viviais, que es la ultima y mas importante condicion de vuestro martyrio, como voy à exponer. Si:

La gracia del hombre inocente era, Señores, bien diversa de la gracia del hombre christiano. Estaba aquella de tal modo obediente al libre alvedrio, que no obraba cosa alguna sinó por el movimiento de la voluntad humana. Era el hombre entonces absoluto señor de sus acciones; y aunque no podia merecer por ellas sin la gracia, la gloria del merito le era debida enteramente; porque como se servia de los auxilios divinos à su placer, era el hombre en algun modo el principio de las buenas obras, mas que la gracia misma. Pero como se perdió, gozando de un socorro que estaba dependiente de su libertad, y se hizo esclavo de la concupiscencia que es el castigo de su pecado; Dios le dió otra gracia, adquirida por la muerte de Jesu Christo, que gobierna su libre alvedrio; que le inspira sus buenos deseos; que le aplica à practicar las buenas obras; y que se atribuye à sí misma toda la gloria de ellas, por ser su primera y principal causa. Esta es la verdad que nos enseña el Apostol de las gentes por estas divinas

nas palabras: *Qui spiritu Dei aguntur, hi sunt filii Dei.* (a) Los que son movidos por el espíritu de Dios, son hijos de Dios: en lo que intenta insinuarnos que no tanto es el espíritu del hombre como el espíritu de Dios, el que anima à los christianos: que estos no tanto obran por el impulso de su voluntad, como por el de la gracia: y que dexándose conducir por su director, no pretenden en sus acciones otra gloria que la de la obediencia. No puedo explicar mejor un pensamiento tan delicado, y tan sólido, que con las palabras de San Agustin, fiel interprete de San Pablo: *Qui agitur vix agere aliquid intelligitur; & tamen tantum præstat voluntatibus nostris gratia Salvatoris, ut non dubitet Apostolus dicere qui spiritu Dei aguntur hi sunt filii Dei.* (b) El que es movido por otro, dice, parece que nada obra por sí; y esto no obstante, la gracia del Salvador es tanto el impulso que dá à nuestras voluntades, que no dudó decir el Apostol, que aquellos son hijos de Dios, que son movidos por el espíritu de Dios: *Nec aliquid in nobis libera voluntas melius agere potest, quam ut illi se agendam committat, qui malè agere non potest.* (c) Ni la voluntad, siendo libre como es; dice el Santo Doctor, puede hacer cosa mejor que dexarse gobernar y conducir por aquel, que nada puede hacer mal. No es esto decir, añáde el mismo Santo, que nuestro entendimiento sea estúpido, ó que nuestra voluntad sea inutil, sino es decir, que todo el bien que hacemos viene de la gracia;

(a) Aug. lib. de Pelag. cap. 3. (b) Lib. de Pelag. cap. 3.
(c) Aug. lib. de bono persev. 22. 23. 24. 25. 26. 27.

cia; y que ésta es la que nos hace obrar siempre que obramos bien; y por consiguiente, que nos hace querer quando queremos, y nos hace amar quando amamos; *Nos ergo volumus*, concluye el mismo Doctor, *sed in nobis operatur velle; nos operamur, sed in nobis operatur perficere; hoc vobis expedit & credere & dicere, ut totum Deo detur.* (a) Y vosotros estais obligados, concluye, à creer y decir esto, para que de este modo toda la gloria de vuestras acciones se refiera à Dios, y sea su Magestad el fin de ellas, asi como es su principio.

Pues ahora: si es cierto que la gracia obra en nosotros con tanto poder; que sostiene nuestra debilidad; que ilustra nuestro entendimiento; que inflama y aplica nuestra voluntad; que esfuerza nuestro animo; y que gobierna todas nuestras acciones libres, no hay que admirarse de que obre en los Martyres, y les inspire aquel valor con que vencen los tormentos y triunfan de la muerte. Porque si esta accion es la mas heroica del mundo; si es el último esfuerzo de la caridad; si es el mayor sacrificio que puede hacer à Dios la criatura racional y fiel, preciso es confesar, que la gracia tiene en esto mas parte que la naturaleza; y por consiguiente, que la gracia de Dios es la que à los Martyres les hace hallar la libertad en las prisiones, el placer en los tormentos, y la vida en el seno mismo de la muerte. Y ved aqui porque nos asegura San Pedro Chrysologo, que el martyrio

no

no es tanto el efecto de la fuerza humana, como de la gracia divina; y que los que lo han padecido no se deben atribuir este honor à su virtud ò à su valor, sino al espíritu de Dios que los ha fortalecido en los tormentos: *Non constat martyrium per meritum, sed per gratiam.* (a) Y en terminos todavía mas expresivos: *Ad martyrium qui sua virtute currit, per Christum non pervenit ad coronam.* (b) El que intenta correr al martyrio por su virtud, no arriba à la corona por Jesu-Christo; porque el que pone su esperanza en sus propias fuerzas, no recibe otro galardón que el de la confusión y vergüenza.

En fin, como si este eloquente Predicador juzgase que toda accion, en que la criatura parece dar mas à Dios, no podía proceder de ella; y que el combate con los tormentos y con la muerte no pudiese ser efecto de su constancia, sino de la gracia de Jesu-Christo, añade estas admirables palabras: *Vincere diabolum, corpus tradere, contemnere viscera, tormenta expendere, lassare tormentum, capere de injuriis gloriam, de morte vitam, non est virtutis humanæ, munus est divini.* (c) Es decir: vencer al demonio, entregar el cuerpo à los tormentos, dexarse deshacer las entrañas, cansar à los verdugos, sacar gloria de las injurias, y buscar su vida en la muerte, no es efecto de la virtud de un hombre fragil y mortal, sino socorro de un Dios inmortal y omnipotente. Mas por quanto el orgullo humano no se dá por convencido

-null

do

(a) Aug. de bono persever.

(a) Chrysol. serm. 122. (b) Idem ibi. (c) Idem ibi.

do con todas estas razones; y la voluntad podría atribuirse à sí misma demasiada gloria en un combate, en que el suceso fuese igualmente dividido entre ella y la gracia de Jesu-Christo; alega este gran Santo el exemplar de los Inocentes; y suponiendo primero que son verdaderos Martyres, procura hacer ver à todo el mundo que el martyrio es un puro efecto de la gracia, respecto que el de estos Infantes no podia proceder de su voluntad: *In parvulis enim quæ voluntas, quod arbitrium, ubi captiva fuit & ipsa natura?* (a) ¿Qué libertad, dice, podia haver en estos parvulos? ¿qué uso del libre alvedrío? ¿qué eleccion de la vida de la muerte, quando la misma naturaleza era cautiva en su persona?

En efecto, al parecer, todo lo hizo la gracia en estos Niños Martyres. Ella suplió todos sus defectos, habló por los mudos, obró por los débiles, y deliberó por los que no eran todavia ni libres ni racionales en el exercicio. Por eso el mismo Padre exclama en general, hablando de todos los fieles: *De martyrio ergo totum Deo, nihil nobis.* (b) Por lo que mira al martyrio, todo se debe atribuir à Dios, à nosotros nada. Y hablando despues de los Niños Inocentes en particular, dice: *Verè isti sunt gratiæ Martyres, confitentur, tacentes, nescientes pugnant, vincunt insciti, moriuntur iconsciti, ignari tollunt palmas, coronas rapiunt ignorantes.* Verdaderamente estos son los Martyres de la gracia, que confiesan ca-

llan-

(a) Idem. ibi. (b) Idem. ibi.

llando, que mueren, vencen y triunfan, sin querer, ni saber lo que por ellos pasa. No pretendo, pues, fatigarme mas para probar que los Santos Inocentes se explicaron por la voz de sus lagrimas y de su sangre. Que tuvieron el uso de la razon y de la voluntad, aceptando la muerte que padecieron; pues la gracia hizo todos estos officios en ellos; y como dice el Chrysologo, sola ella basta para hacer Martyres verdaderos.

Y así finalizo este discurso con dos advertencias tomadas de San Agustin. La primera, que os acordéis de que todos vosotros sois movidos por el Espiritu Santo, para hacer por este impulso suyo, todo aquello à que estais obligados. No persevireis, pues, como siervos inútiles, ya que lo-grais el uso de la razon. Mas quando huvieris executado y cumplido todas las obligaciones que tenéis como christianos, dad las gracias à aquel Señor, que es el principio de vuestras laudables acciones mas que vosotros mismos: *Intelligent filii Dei, Spiritu Dei agi, ut quod agendum est agant, & cum egerint, illi, à quo aguntur, gratias agant, aguntur enim ut agant, non ut ipsi nihil agant.* (a) La segunda advertencia es, que penseis seriamente que pues Dios obra en vosotros, no son vuestras fuerzas, sino su gracia la que os hace obrar: y que si tenéis motivo de esperar el galardón, respecto de que Dios os conduce y os anima; tenéis tambien motivo de temer, porque su Magestad quita frequentemente à los

Tom. I.

Ee

so-

(a) Aug. de corrupt. & grat.

sobervios lo que concede à los humildes: *Si ergo Deus operatur in te, gratia Dei operaris, non virtutibus tuis: ergo si gaudes & time, ne forte quod datum est humiliter auferatur superbo.* Obedeced, pues, à la gracia, sométeos à su conducta, dadla toda la gloria de vuestras acciones, y confesad que quando Dios coroné vuestros merecimientos, coronará sus misericordias y sus favores. Y por lo que le haveis servido sobre la tierra con su gracia os hará felices por los siglos de los siglos en la Gloria. Asi sea.



+++++

SERMON
DE SAN FRANCISCO

DE SALES,
PREDICADO EN EL DIA DE LOS
Santos Inocentes, que fue el dia de su
muerte, en la Iglesia de las Doncellas
de Santa Maria de Chalint, delante
de la Reyna, y de la Reyna
de Inglaterra.

Dilexit multum. Luca cap. 7. v. 47.

SEÑORAS:

COMO solamente à Dios es à quien pertenece hacer los Santos, asitampoco hay otro que el sucesor de S. Pedro à quien pertenezca declarar los; y solamente aquella boca que profere los oráculos de la fé, es la que permite à los fieles honrar à los Bienaventurados. Sin embargo, algunos de estos han sido canonizados por la voz del Pueblo, y han recibido los obsequios de los christianos antes de tener la solemne aprobacion del Soberano Ponti-